



G. Staal.

Imp. F. Chardon del. Jac. Bouchard del. Paris.

W.H. Motte.

CATALINA SEGUNDA.

No tuvo el siglo XVIII dos soberanías que tan soberanas fuesen como las de Voltaire y de Catalina II; y entrambos parecían sentirlo así reconociéndose recíprocamente grandes. Mientras que el filósofo se engalanaba con los viriles arreos de la Emperatriz, esta en su parque imperial Czarsko-Zelo, mandaba edificar una copia de la Quinta de Ferney. Tal en la epopeya de Virgilio vemos á la desterrada Andrómaca complacerse en contemplar en Pérgamo una Troya en miniatura, y plantando en las orillas de un arroyo sin nombre los arbustos mismos que daban sombra á las sagradas márgenes del Simoente.

A Catalina II hay que mirarla desde muy alto y de lejos como á todas las grandes reputaciones, como á todos los edificios monumentales; no convienen á la historia los personajes en mangas de camisa, ni la verdad desnuda; por eso sin duda alguna llama Byron á Clio, *la descarada embustera*.

En la corte de un Rey, dice Horacio Walpole, gobiernan las mugeres; y los hombres en la de una Reina. Horacio Walpole no supo adivinar á

Catalina, que supo conservarse siempre Emperatriz, aun sucumbiendo á sus pasiones en el torrente de sus amantes. Detrás y dentro de la muger, habia en ella un hombre, que era el que en conversacion familiar con su filósofo favorito, Diderot, allá al amor del fuego en la que llamaba su *ermita*, solia decirle, si vacilaba el Enciclopedista en dar rienda á su francesa y no muy púdica facundia: « Adelante, Diderot, adelante; que » aquí estamos *entre hombre solos!*

Precisamente el genio de Catalina consistia en ser *filósofo* con Diderot y Voltaire, Rey con Federico II y con José II, *matemático* con Euler, *soldado* con Sowarof, *cortesano* con los grandes señores, *diplomático* con los Embajadores, y *muger* (Byron lo dice mas claro todavía) con Ponia-towski, Gregorio Orloff, Wasilitschikoff, *Potemkin*, Zawadoffsky, Rymsky Korzakoff, Zoritz, Lanskoï, Yermoloff, Momonoff, Platon y Valerio Zouboff, y todos los demás cuyos nombres calló la historia.

Citemos, por egemplo, la historia de Mitrowitch, comenzada como un idilio pastoril á imitacion del de Dafnis y Cloe, y desenlazándose en el cadalso como un drama romántico. — Ivan IV habia sido enterrado en vida con dos esbirros á quienes se dió orden de matarle si alguien intentaba sacarle de allí, y muy especial sobre todo, de no dejar con vida á los que tal intentasen. Mitrowitch acometió la empresa, fiado sin duda en el amor de la Emperatriz, y los ministros de esta cumpliendo la primera parte de las órdenes recibidas con dar muerte á Ivan, no osaron sin embargo asesinar al favorito. Rindió este tranquilamente su espada esperando tal vez recibir en cambio de la diestra imperial otra guarnecida de diamantes; pero Catalina que no tenia el amor agradecido, rasgó impúdica la última página del pastoril idilio, arrojándola friamente en la sangre del amador infeliz. Mitrowitch, condenado á muerte, perdió la vida en el cadalso diciendo como cierto filósofo de la antigüedad: « — No lo entiendo!! » — « ¡No lo entiende! decia para sí Catalina sintiendo los desordenados latidos de su ardiente corazon. ¡No entiende ese hombre que yo tengo vida » para cien pasiones, y él una sola que darme! »

A pesar y en medio de todas sus fragilidades, Catalina no quiso nunca desprenderse de su soberanía: daba su persona, jamás su poder. Isabel

entregaba la Inglaterra á sus amantes (1), y tenia que decapitarlos para recobrar el cetro: Catalina no se vió nunca en la necesidad de cortarles la cabeza, porque teniendo por una parte la intuicion perfecta del despotismo, y por otra pleno conocimiento de la tirania del amor, se guardó siempre muy bien de celebrar consejo de ministros en su alcoba. — La Semiramis del Norte — que como la oriental tuvo tambien que habérsela con la ensangrentada sombra de Nino — acordábase del Asia sin duda al abrir sus manos de tesoros llenas, para anonadar bajo el peso de sus dones á los que nunca acertaron á llenar el inmenso vacío de su corazon insaciable.

Oigamos sobre ese punto á Byron, cuando para presentarle á su *D. Juan*, la pone en escena.

« Preguntábanse unos á otros los Embajadores de todas las grandes Potencias, quién era aquel recién llegado mancebo, que segun las muestras iba á ser *grande*, en pocas horas; lo cual es muy rápido, por mas que la vida sea corta. Veian todos ya su habitacion inundada por un argentino diluvio de rublos, sin contar las condecoraciones, ni el don de algunos millares de siervos.

» Catalina era generosa, como lo son todas las mugeres de su especie. — El Amor, — que es el gran claver del corazon y quien tiene el secreto de abrir todas las vias que á él conducen, de cerca como de lejos, todas las barreras y portazgos que en el camino se encuentran — el Amor á pesar de su maldita pasion por la guerra y de no ser la Emperatriz tampoco un modelo de esposas, á menos de que por tal tomemos á Clitemnestra; y sin que esto sea decir que no valga mas que uno de los esposos muera, que arrastrar entrambos las cadena — el *Amor* habia aconsejado á Catalina que enriqueciera á todos sus amantes, en lo cual se diferenciaba de nuestra *semi-casta* Isabel (de Inglaterra), cuya avaricia resistiase á todo género de gasto, si dice en esto verdad *la descarada embustera*, que llamamos *Historia*. En todo caso, y aunque estuviera demostrado que el dolor

(1) Parécenos que el autor procede en este juicio con alguna precipitacion; Isabel no por ser menos impúdica, cuando menos que Catalina, se mostró mucho mas amante, mucho mas tierna que Catalina. El amor no fué nunca mas que una debilidad fisica en entrambas.
(N. del T.)

de haber hecho decapitar á uno sus favoritos (Essex) abreviase la vejez de *Isabel*, todavía su vil y ambigua coquetería, no menos que su tacañería, la hacen el padron de su sexo, y la mengua de su alta clase. »

El siguiente curioso *Presupuesto de Gastos* de los amores de Catalina dará una idea de su generosidad con sus favoritos.

	RUBLOS.
A los cinco hermanos Orloff, además de regalarles 45,000 siervos, les dió en palacios, joyas, vajilla y dinero.	17.000,000
A Wissensky, Oficial de Guardias, en dos meses próximamente que estuvo en favor.	300,000

	RUBLOS.
Wasielitschicoff, Teniente y no mas de la Guardia Imperial, recibió en los veintidos meses que duró su gracia :	
Una finca con 7,000 siervos valuada en.	600,000
En dinero.	100,000
En joyas.	60,000
En vajilla.	50,000
Un palacio amueblado.	100,000
Una pension de 20,000 rublos ; su capital próximamente.	200,000
Es decir, además de la cruz de San Alejandro-Newski, una suma de.	1.110,000

Potemkin, en los dos primeros años de su reinado recibió, unos 9 millones de rublos, acumulando despues inmensas riquezas en la adquisicion de grandes propiedades en Polonia y en todas las provincias de la Rusia. Tenia además un armario lleno de oro, de pedrería, y de billetes de los Bancos de Londres, Amsterdam y Venecia. Calcúlase su caudal en.

50.000,000
Suma 68,410,000

Suma anterior 68.410,000

	RUBLOS.
Zawadoffski, en diez y ocho meses que fué favorito obtuvo : en Polonia una finca con 2,000 siervos, otra en Ucrania con 6,000, y varias en Rusia con 18,000. Estimase el valor de todas ellas en la suma de.	1.000,000
Recibió en dinero.	150,000
En vajilla.	50,000
En joyas.	80,000
Y una pension de 10,000 rublos anuales.	400,000
Todo lo cual importa como se ve.	1.380,000
Total.	69.790,000

Para abreviar la vergonzosa cuanto elocuentísima adición de los tesoros prodigados pero vanamente arrojados por Catalina para saciar su torpe apetito en el festín de lo que ella amor llamaba, digamos de una vez que no baja de 400 millones de rublos la suma de lo así derrochado. Al Cupido de servicio haciale siempre su ministro *interino* de Hacienda ; y como la *interinidad* nunca fué larga, parece que los agraciados se daban prisa para aprovechar el tiempo.

Catalina fué hermosa largo tiempo, ó por mejor decir, lo fué siempre : hermosa no solamente por la dominadora belleza que en las altas inteligencias resplandece, sino tambien, aunque de origen alemán, por la pureza y correccion de las formas, si hemos de dar crédito á su busto hecho por el escultor Falconet, á un cuadro del Museo de Versalles, y á Diderot, en fin, que era un retratista de mano maestra. Como acostumbraba á vestir alternativamente con el propio de su sexo el traje del nuestro, necesitaba y tenia una figura á propósito para representar airosamente ambos papeles. Y en efecto, lo que de altivo pudiera en su perfil tacharse, templábalo con lo hechicero de la sonrisa, y la voluptuosidad de los ojos azules, que la blancura de sus dientes no desmentía. Su porte, siempre

airoso, era el de Juno en los campos de batalla, el de Diana en los sombríos bosques de su Ermita. De escasa estatura la había hecho la naturaleza, mas Catalina tenía el arte de parecer alta; ó mas bien la magestad, de que no prescindió nunca, servíale de pedestal y levantábala. Eran negras sus cejas, y con el contraste mismo, realizaban la transparencia de sus ojos celestes; el cabello, de color indeciso, siempre empolvado, y algunas veces de lentejuelas de oro sembrado, flotábale en rebeldes ondas en torno del cuello. — Ordinariamente era su tocado, una especie de cofia pequeña y de piedras preciosas cubierta; y casi nunca se la veía sin un magnífico collar de perlas, y unas arracadas de diamantes de deslumbrador efecto. Arbolábase el rostro, según la moda de aquel tiempo, mas aborreciendo de muerte ciertas narices rubicundas, diz que por efecto de excesivos sacrificios á Baco, casi nunca probaba el vino. Verdad es que la *mesa* no era su pasión favorita, ni mucho menos. Desayunábase, en efecto, con los ojos mas que con la boca, limitándose á aspirar el perfume de la caza de sus imperiales parques, y á engañar el apetito, ya con fruta de la estación, ya con la conservada, y tomando para postre un bizcocho, cuando mas, mojado en chocolate ó en vino de Chipre. A mediodía probaba de todo, pero de nada comía; y por la noche asistiendo á la cena, ora de un amante, ora de un personaje convidado, rara vez tomaba asiento á la mesa. Aquella hora era la de las ambiciones ocultas, cuando no la de las habituales voluptuosidades.

Byron, que nos ha descrito á Catalina en el cenit de su hermosura, nos la pinta de ojos *azules ó pardos*; Rulhiere nos dice que eran *castaños*. ¿Porqué los llama negros el Príncipe de Ligne? En mi sentir los tuvo realmente verdes, pero de ese verde mar, indeciso y tornasolado, que pasa del azul al negro, según que el espíritu tambien pasa de los tranquilos lagos y constantes vientos, al cabo de las tormentas. Minerva, Mesalina y María Estuarda tenían así los ojos, y por ellos y con ellos triunfaban.

Déjase Byron ir, con su Don Juan, á detallar con delectación morosa las bellezas de Catalina, comparando sus formas á frutos sazonados que ya por sí mismos de la vid se desprenden: pero no le seguiremos nosotros cuando osadamente entreabre un hechicero jubon á manera de casaca de terciopelo verde, por la Emperatriz misma dibujado, ni menos en sus

mas que temerarias cuanto voluptuosas incursiones, á encantados sitios que á describir se atreve.

Émula de Luis XIV y tan gran Rey como él, tuvo Catalina tambien su Trianon y su Marly, en la quinta de la *Ermita*, que era al palacio imperial moscovita, lo que aquellos reales sitios al de Versalles. La tal Ermita, en resumen, era un verdadero jardín de Armida, poblado de exóticas flores de Italia y Francia importadas, lleno de prodigios del arte en pintura y escultura, de igual procedencia; con teatro, en cuyo *patio* se aglomeraban héroes y filósofos; tal y tan seductor, en fin, que viajeros, príncipes y poetas, en pisando sus umbrales, creíanse en un palacio encantado, y una vez dentro, deslumbrados por tanta magnificencia, y por tantos prestigios cautivados, ni buscaban ni veían la puerta para salir del mágico recinto. Catalina ostentaba en aquel palacio lo que pudiera llamarse el lujo del lujo, comenzando por el vestibulo, verdadero museo de pinturas, ó mas bien de obras maestras; y concluyendo en los dos salones y en el comedor, únicas piezas de aparato de su mansion favorita, y que si bien en número al parecer escasas, y en proporciones no muy extensas, como nunca la Emperatriz convidaba mas que la flor y nata de la corte, y á ningún criado le estaba permitido mostrarse para nada en aquel privilegiado cenáculo, ni aun para servir á la mesa, jamás le faltó sitio para espaciarse á sus anchas á la ilustre concurrencia. A una señal, como la de costumbre en los teatros, surgia del piso aderezada y florida una mesa que Lúculo envidiara, y á la mas sibarita de las modernas Aspasia de París tentara: faltaban empero siempre en el servicio los postres, las regaladas frutas de mas favorecidos climas, lo cual disculpaba Catalina diciendo: « Lo siento; » pero no comereis fruta, hasta que yo tenga una casa de campo en Constantinopla. » Diciendo así, levantábase de la mesa, y seguida por todos sus convidados, pasaba á su jardín de invierno, en el cual, por mano de hábiles jardineros ó mas bien lisongeros cortesanos, estaban las cuatro estaciones como encadenadas. Cada cual cogia de la vid el racimo, del árbol el fruto, y el milagro estaba hecho.

Mas no eran solas las producciones vegetales del Occidente y Mediodía las que en la Ermita se encontraban; sino que tambien se habían allí aclimatado las mas lozanas plantas de la inteligencia europea. A la apasionada

declamacion de Diderot, sucedia la lectura de una carta del Rey de la Filosofía, Voltaire; en los intermedios el Príncipe de Ligne, discreteaba ingenioso, ó el Conde de Segur cantaba alguna cancion; para fin de fiesta Bernardino de Saint-Pierre (en San Petersburgo el *Caballero de Saint-Pierre*) leia, para seducir á cierta Condesa polaca, algun trozo de sus *Armonias de la Naturaleza*, con lo cual la seducida era toda la concurrencia.

Nadie sabia ordenar una fiesta como Catalina, que en esa parte se dejó muy atrás á Fouquet en Vaux, á Luis XIV en Versalles, y á Francœur en la ópera. ¿Citaremos, como ejemplo, las que celebró para obsequiar al Príncipe Enrique de Prusia?—Dos mil trineos, precedidos por uno colosal, tirado por dieciseis caballos, y cuyos prismáticos espejos reflejaban la deslumbradora blancura de la nieve, y ocupados por una *comparsa* monstruo, (y decimos comparsa porque sin careta y dominó á nadie se recibió en la fiesta) trasportaron á Catalina, al Príncipe y á los cortesanos, en realidad casi á las puertas de S. Petersburgo, mas en la apariencia á darle vuelta al mundo. Sembrado el camino de pirámides y arcos triunfales, ofrecia de cuarto en cuarto de legua, á los bienaventurados viajeros el descanso y regocijo de campesinas fiestas, variando de una á otra los trages de los supuestos aldeanos, el aspecto de chozas, tabernas y caseríos, y el género de bailes y de juegos, como si entre estacion y estacion mediase la distancia que separa á los flamencos de Teniers y de Rúbens, de los arcades imaginarios que pintaron Watteau y los de su escuela.

Una circunstancia, sin embargo, debemos señalar por idéntica en todos aquellos fantásticos lugares: la de tener en todos ellos la alegría el carácter de libertad y elástico desenfado, en que buscaban los Soberanos del siglo XVIII, una compensacion á los afanes del reinar inseparables.

Citanse del Príncipe de Prusia en aquella ocasion dos observaciones que, la una por picante, hizo sonreir á Catalina; y la otra por voluntaria ó casualmente profunda, pudo darle en qué pensar, y mucho. — En cada país, observó en efecto Enrique, hay su modo especial de levantar la pierna en las danzas, y el brazo bebiendo; pero en todos es idéntica la manera de besarse. La Emperatriz, que lo entendia, encontró que el dicho era filosófico; en cambio halló político el que á referir vamos. — Dignóse la Emperatriz en un alto, bajar del trineo para bailar con sus esclavos— todavía

la discipula de Voltaire no les habia intimado que no queria tener mas que súbditos — y, en efecto, entregóse sin reserva á la compasada alegría de la *Polonesa*, especie de marcha coreográfica, todavía muy en favor en la corte de los Czares. Concluida la danza dijo el Príncipe á la Emperatriz: « Nada sienta tan bien á V. M. como el dirigir la Polonesa (polaca). » Quizá Catalina, mientras bailaba, habia estado pensando mas en la *Polonia* que en la Polonesa; y el cumplimiento de su ilustre huésped, fué para su ambicion un rayo de luz, que reflejándose en el mapa de Europa, le sugirió la idea de reformarla próximamente. ¡ Quizá despues de bailar juntas la Rusia y la Prusia, resolvieron sentar tambien ambas la planta en la infeliz Polonia!—De hecho, algunas de las cartas de Federico II que han visto la luz pública recientemente, dan á nuestra leyenda un gran carácter de probabilidad y aun de certidumbre.

¡ Debilidad singular la que á señalar vamos! Catalina, con ser dos veces Reina, una por sus gracias, y por su corona la otra; no pudiendo olvidar nunca que si de la mas pequeña de las cortes de Alemania habia pasado á ocupar el trono de todas las Rusias, debiaselo exclusivamente al gran Rey del ingenio, Federico II, imaginóse que ignoraba las leyes de la etiqueta cortesana y que era incapaz de reinar en los salones del gran mundo. Mezquina preocupacion que la llevó á escribir personalmente y pidiendo instrucciones para dirigir su Acadencia de Fieras moscovitas, á una Madama de Geoffrin, gran profesora de ceremonias á la sazón en Paris — ¿ Para que necesitan las Catalinas y los Napoleones, á los maestros de ceremonias? La naturaleza les ha enseñado cuanto necesitan para que toda la grey cortesana, de grado, y por fuerza la que no lo es, se doble flexible ó vencida en su presencia.

No nos aventuraremos ni en la *Iliada* ni en la *Odisea* de Catalina; en ambos poemas abundan con exceso, como en los de Homero, los falsos Dioses y las Nieblas, y hay dos Olimpos que es demasiado para un cielo. Digamos, pues, sencillamente en primer lugar, que no se llamaba Catalina, sino Sofia-Augusta-Dorotea de Anhalt-Zerbst, y que nació en Stettin, el año 1729, hija del Príncipe Cristiano-Augusto, pariente cercano del Rey de Prusia. Este, de acuerdo con la Emperatriz de Rusia, Isabel, en las mocedades de entrambos diz que su amada, preparó ó mas bien conspiró